



# Paquisha

Relato de la guerra no declarada de 1981



KERNEL X PRESS • ECUADOR

## **Imprint**

Any brand names and product names mentioned in this book are subject to trademark, brand or patent protection and are trademarks or registered trademarks of their respective holders. The use of brand names, product names, common names, trade names, product descriptions etc. even without a particular marking in this work is in no way to be construed to mean that such names may be regarded as unrestricted in respect of trademark and brand protection legislation and could thus be used by anyone.

Publisher:

Editorial KERNEL X PRESS is a trademark of

Grupo Kernel X LLC

120 High Road, East Finchley, California

Av. Los Shirys, Quito

Kernelxos.com

Printed at: see last page

ISBN: 978-3-639-87916-2

Copyright © Gregorio Gualavisi

Copyright © 2026 Kernel X Press



## ÍNDICE

Capítulo I.....	6
LA GUERRA.....	6
La herida abierta: Ecuador y Perú antes de 1981 .....	10
El infierno verde: la cordillera del Cóndor .....	13
Enero de 1981: El rugido de las balas .....	20
Sangre en la montaña .....	24
Voces de la guerra .....	26
El Himno a Paquisha .....	30
La guerra no declarada en los escritorios.....	33
El precio de la soberanía .....	35
Lecciones de sangre .....	37
Epílogo .....	40
El silencio de la selva .....	40



## Capítulo I

# LA GUERRA

La selva huele a hierro cuando la sangre se mezcla con la lluvia. El calor es insoportable, la humedad se pega al cuerpo como una segunda piel, y cada respiración arrastra el sabor metálico de la pólvora. Allí, en la cordillera del Cóndor, los hombres aprendieron a matar y a morir sin que nadie, fuera de esa espesura, supiera realmente lo que pasaba.

Un joven soldado recuerda todavía el instante en que escuchó el primer disparo. No supo de dónde vino; solo sintió cómo el aire se desgarraba y cómo su compañero, a menos de dos pasos, se desplomaba con un agujero en el cuello. El muchacho quiso gritar, pero lo único que logró fue arrastrarse al barro mientras veía cómo la sangre se mezclaba con el agua de lluvia que corría cuesta abajo. Desde entonces, entendió que la frontera no se discutía en mapas ni tratados: se sostenía con cuerpos que se caían sobre la tierra.

En enero de 1981, Ecuador y Perú libraron una guerra que nunca fue declarada. No hubo discursos solemnes en los parlamentos ni comunicados oficiales que reconocieran la magnitud de lo que estaba ocurriendo. Todo quedó envuelto en un silencio pactado, en frases diplomáticas como *“incidentes fronterizos”*. Pero los soldados que arrastraron cadáveres por el lodo, los que escucharon los alaridos de un compañero desangrándose bajo la lluvia, saben que aquello no fue un simple incidente: fue guerra en toda su brutalidad.

Las cifras oficiales hablaban de pocos muertos. Las memorias de los combatientes, en cambio, cuentan otra cosa: noches enteras escuchando gritos que se perdían entre los árboles, días caminando con los pies en carne viva, cuerpos enterrados a toda prisa sin ataúd, con una cruz improvisada hecha de ramas. Cada nombre borrado del registro fue un silencio impuesto, un recuerdo que el país decidió tapar para no mirar de frente la herida.

Yo escribo este libro porque la memoria no puede depender de comunicados ni de cifras oficiales. porque la guerra se grabó en la piel de muchachos de 18, 19 años, arrancados de sus casas, puestos un fusil entre las manos y enviados a una selva que no perdonaba. Lo escribo porque las madres que nunca recibieron el cuerpo de sus hijos aún sueñan con su regreso. Porque los oficiales que cargaron con el peso de decisiones imposibles todavía se despiertan en la madrugada con el eco de los disparos en la cabeza.

Un cabo, entrevistado muchos años después, resumió su experiencia en una frase breve y amarga: *“La selva se tragaba todo, hasta el llanto”*. Y tenía razón. Allí el ruido de los fusiles se mezclaba con el canto de las cigarras, y el humo de las explosiones se disipaba tan rápido que parecía que nada había ocurrido. Pero los hombres regresaban distintos: con la mirada perdida, con cicatrices que ni el tiempo ni el silencio lograron borrar.

La historia oficial ha preferido llamar a aquello “la defensa de Paquisha”. Y aunque esa frase resuena con orgullo, también esconde la otra cara: la de los cuerpos sin nombre enterrados a toda prisa; la de las botas empapadas en sangre que nadie quiso limpiar; la de los soldados que regresaron mudos, porque explicar lo que vieron resultaba imposible.

No busco con este relato levantar héroes de bronce ni discursos vacíos. Busco abrir la herida que el país decidió coser demasiado rápido. Porque una nación no se construye solo sobre victorias, sino también sobre la memoria de sus cicatrices.

Paquisha no es un punto olvidado en el mapa: es la tierra donde se regaron los sueños inconclusos de centenares de jóvenes. Es la selva que escuchó promesas de regreso que nunca se cumplieron. Es la lluvia que lavó rostros empapados de barro y lágrimas. Es la frontera marcada a fuego en la piel de quienes vivieron lo que nadie se atrevió a declarar.

Este libro es su memoria. Es un relato tejido con testimonios, documentos y silencios rotos. Pero, sobre todo, es un intento de

devolver humanidad a quienes fueron reducidos a cifras en partes de guerra.

Aquí no habrá espacio para la retórica diplomática. Aquí habrá barro, gritos y pólvora. Aquí estarán los hombres tal como fueron: vulnerables, feroces, asustados y valientes.

La guerra no declarada de 1981 fue breve, pero dejó cicatrices profundas. Y este prólogo es apenas la puerta de entrada a esa memoria que se resiste a morir.

# **La herida abierta: Ecuador y Perú antes de 1981**

Las guerras no nacen de la nada. Se incuban en tratados firmados a medias, en silencios diplomáticos y en heridas que el tiempo no alcanza a cerrar. La de Paquisha no empezó en 1981: fue la consecuencia de cuarenta años de rencores y mapas manchados de incertidumbre. Todo se remonta a 1941, cuando Ecuador y Perú se enfrentaron en

un conflicto desigual que terminó con la firma del Protocolo de Río de Janeiro. Ese tratado, impuesto bajo la presión de potencias extranjeras, fue recibido en Quito como una humillación y

en Lima como una victoria. En los mapas quedaron líneas torcidas, montañas mal dibujadas, ríos sin nombre y territorios en disputa. Para unos, la frontera estaba definida; para otros, seguía abierta como una herida que supuraba.

En la Amazonía, lejos de las cancillerías, esa frontera era un fantasma. Los campesinos crecieron escuchando que “el límite está allá, más allá del río”, pero nunca con certeza. Los soldados destacados en la cordillera del Cóndor vivían en carne propia la confusión: ¿dónde empezaba lo nuestro, dónde terminaba lo suyo? Cada patrulla era un riesgo, cada sendero podía esconder al enemigo.

Durante los años setenta, mientras en Quito y Lima se hablaba de desarrollo, petróleo y modernización, en la selva se respiraba pólvora contenida. Tropas de un lado y del otro se cruzaban en caminos invisibles, se apuntaban con los fusiles, a veces disparaban al aire, a veces no tanto. No se levantaban actas ni llegaban titulares a los diarios: eran choques en silencio, pequeñas batallas que la selva tragaba sin testigos.

Un conscripto ecuatoriano recordaría años después el momento en que, en 1977, una patrulla suya se topó con soldados peruanos a menos de diez metros. Nadie disparó, pero la tensión se podía cortar con un machete. Los muchachos se miraban a los ojos, temblando con el fusil entre las manos, mientras los oficiales gritaban órdenes secas. Bastaba un dedo nervioso en el gatillo para que el lugar se llenara de cadáveres. “Ese día entendí que la guerra no era cuestión de si iba a pasar, sino de cuándo”, diría aquel soldado.

En Lima, los discursos hablaban de defender “lo ganado en el 41”. En Quito, la consigna era “nunca más otra humillación”. Esa palabra —humillación— pesaba como plomo en la conciencia nacional. La derrota de 1941 seguía viva en las academias militares, en los manuales de historia, en las charlas de sobremesa. Para muchos oficiales ecuatorianos, Paquisha no sería una sorpresa, sino una oportunidad para demostrar que el país no volvería a inclinar la cabeza.

Mientras tanto, en los pueblos amazónicos, la gente vivía con miedo. Rumores de guerra corrían de boca en boca: que los militares se estaban movilizandando, que el vecino país avanzaba,

que pronto habría fuego cruzado. Los niños crecían viendo pasar columnas de soldados rumbo a la montaña, hombres jóvenes cargando mochilas más pesadas que sus propios cuerpos, con fusiles viejos y la orden de vigilar una frontera que nadie sabía dónde estaba realmente.

En los cuarteles de Gualaquiza y Zamora, los reclutas aprendían a sobrevivir más que a pelear. Marchaban bajo la lluvia, dormían en hamacas húmedas, comían arroz frío con sardinas enlatadas y convivían con las sanguijuelas pegadas a sus tobillos. El instructor repetía una frase que se clavaba en la cabeza: “El enemigo está al frente. Si pisa tu suelo, no preguntas, disparas”. Nadie decía que esos muchachos del otro lado eran igual de pobres, igual de asustados y de jóvenes.

La asimetría militar era evidente: Perú tenía un ejército más grande, mejor equipado y con logística más sólida. Ecuador, más pequeño, apostaba a la moral, al orgullo de defender la soberanía “a cualquier costo”. Esa desigualdad alimentaba la rabia y el nacionalismo. Un país se sabía más fuerte; el otro, más vulnerable pero dispuesto a resistir.

Los años pasaban con la tensión en aumento. Choques menores, intercambios de fuego que nunca se declaraban, cuerpos enterrados en silencio sin que quedaran registros. “El gobierno hablaba de paz, pero a nosotros nos daban balas”, resumiría un exteniente ecuatoriano con amarga ironía.

Así llegó 1981: con una herida abierta desde hacía décadas, con soldados curtidos en la selva, con pueblos que temblaban en

silencio y con dos países que, aunque hablaban de paz en público, preparaban la guerra en privado.

El fuego solo necesitaba una chispa. Y esa chispa se encendería en Paquisha.

### El infierno verde: la cordillera del Cóndor

La cordillera del Cóndor no necesitaba balas para matar. Bastaba la lluvia, el hambre o el simple descuido de pisar donde no debías. Allí, cada paso era un combate contra la montaña, contra el lodo, contra los insectos que no descansaban ni de día ni de noche.

Los soldados lo llamaban “el infierno verde”. Desde lejos, parecía un paraíso de montañas cubiertas de árboles eternos; desde dentro, era una trampa sin salida. La humedad empapaba las botas hasta pudrir los pies. El aire era tan denso que cada respiración se sentía como un esfuerzo inútil. Las sanguijuelas se pegaban a las piernas y chupaban en silencio, hasta que el soldado notaba cómo la sangre corría tibia bajo el pantalón.

Las noches eran peores. El frío descendía con violencia, obligando a los hombres a apretarse dentro de sus chamarras mojadas. Los mosquitos zumbaban como un enjambre interminable, buscando carne donde clavar sus agujones. Los gritos de los animales en la oscuridad se confundían con disparos imaginarios, y más de un recluta despertaba sobresaltado, con el fusil en la mano, apuntando a la nada.

La selva tenía su propio lenguaje, y quienes no lo entendían pagaban caro. Un soldado podía morir de fiebre antes de disparar un tiro. Otro, desorientado, podía perderse entre la maleza y nunca volver. Los ríos arrastraban cuerpos sin preguntar de qué uniforme eran.

La frontera era un fantasma, pero la selva era real, cruel y despiadada.

En los campamentos improvisados, los soldados construían trincheras de barro reforzadas con troncos húmedos. Allí dormían, comían y esperaban, siempre empapados, siempre alertas. El rancho era escaso: arroz mal cocido, latas de sardina o atún, y café aguado que apenas servía para engañar al sueño. El hambre se sentía en los huesos, y más de uno aprendió a cazar monos o iguanas para sobrevivir.

Un soldado de Zamora recordaba que, en su primera patrulla, caminó tres días sin ver el sol. La espesura de la selva lo cubría todo; era como estar atrapado bajo un techo de hojas eternas. El fusil pesaba el doble, la mochila parecía una condena, y cada paso hundía sus botas en el barro hasta el tobillo. “No sé qué era peor”, dijo después, “si el miedo a toparme con un peruano o el miedo a que la selva me tragara vivo”.

La enfermedad era tan letal como las balas. El paludismo tumbaba a los hombres en cuestión de horas, dejándolos, temblando bajo fiebre ardiente. Las infecciones por heridas mal curadas devoraban piernas y brazos. El olor de la gangrena era tan fuerte que ni la lluvia

lograba disimularlo. Los médicos improvisaban con lo que tenían: alcohol, vendas húmedas y oraciones. Más de un recluta murió con el delirio en los ojos, sin haber visto nunca al enemigo de frente.

El tiempo en la montaña se medía distinto. Las horas se alargaban con la lluvia interminable, los días se confundían entre patrullajes y vigilijs. Para los soldados, la vida se reducía a esperar la orden, limpiar el fusil, revisar municiones y rezar. Muchos guardaban estampitas de santos dentro del uniforme, empapadas y llenas de barro, pero que daban la sensación de que alguien los cuidaba.

Un cabo ecuatoriano escribió en su diario, con letra temblorosa:

*“No temo a las balas, temo a la selva. Aquí uno puede desaparecer y nadie lo sabrá. Aquí no hay tumbas, solo raíces que se tragan los huesos”.*

El enemigo estaba al frente, pero también alrededor. La selva no distinguía nacionalidades. A ambos lados de la frontera, soldados jóvenes se enfrentaban a la misma condena: fiebre, hambre, miedo. La guerra todavía no estallaba del todo, pero ya había cobrado víctimas invisibles.

En las noches de guardia, el silencio era una tortura. Cualquier crujido podía ser una patrulla enemiga avanzando entre la maleza. Los nervios tensaban los dedos en el gatillo. Hubo casos

en que se disparaba contra sombras, contra ramas movidas por el viento, contra monos que gritaban en lo alto de los árboles. La selva jugaba con la mente, sembrando paranoia y cansancio.

El Cóndor era, en sí mismo, un campo de batalla. La montaña no daba tregua. Y en ese escenario hostil, cuando las primeras balas comenzaron a rugir, los soldados entendieron que la naturaleza y la guerra se unirían para devorarlos al mismo tiempo.

Las patrullas eran castigos de resistencia. Marchaban en fila, con las mochilas cargadas de municiones, arroz y latas de sardina que ya olían a óxido. Cada paso era una lucha contra el barro que se tragaba las botas como si quisiera quedarse con ellas. Los uniformes, empapados de sudor y lluvia, terminaban pegándose a la piel hasta causar llagas que ardían con cada movimiento.

Más de una vez, los muchachos caminaban días enteros sin ver el sol. El techo vegetal de la selva lo cubría todo. De tanto verde, la vista dolía. Y en medio de ese silencio húmedo, cada crujido, cada rama rota, era una amenaza. Nadie hablaba: la consigna era avanzar sin hacer ruido.

En una de esas patrullas, un conscripto de Loja sintió cómo algo se enredaba en su pierna. Cuando miró, vio que era una serpiente, gruesa como un brazo, que lo observaba con los ojos fríos. No gritó: apretó los dientes y esperó a que uno de sus compañeros la apartara de un machetazo. El corazón le latía tan fuerte que pensó que lo descubriría el enemigo. Esa noche, mientras intentaba dormir, soñó que la serpiente volvía, que lo mordía en

el cuello y que nadie lo escuchaba. Se despertó llorando, pero no dijo nada. En la guerra, el miedo no tenía espacio para confesarse.

La lluvia era otro verdugo. Podía caer durante días enteros, enredándose en el cabello, empapando las mantas, pudriendo la madera de las trincheras. Los fusiles, mojados, se atascaban al disparar. Los soldados aprendieron a cubrirlos con plásticos improvisados, pero siempre había riesgo de que, en el momento de la verdad, el arma no respondiera.

Las enfermedades recorrían los campamentos como sombras invisibles. El paludismo tumbaba a los más jóvenes, dejándolos tirados con los ojos vidriosos y la piel ardiendo. La fiebre hacía delirar a los soldados: algunos pedían agua, otros llamaban a sus madres, otros hablaban con muertos que solo ellos podían ver. Los compañeros, impotentes, los sujetaban hasta que el cuerpo se rendía.

En esas condiciones, cualquier fognazo de pólvora era como un trueno en medio del infierno verde. Los choques menores, escaramuzas sin nombre, empezaron a marcar la memoria de los hombres. Una ráfaga podía cortar ramas y hombres por igual. Después, el silencio de la selva volvía como si nada hubiese pasado. Solo quedaba el olor a pólvora mezclado con tierra mojada y sangre.

En los momentos de calma, los soldados intentaban aferrarse a algo humano. Algunos escribían cartas en papeles arrugados que jamás llegarían a destino. Otros tallaban iniciales en los troncos de los árboles, como queriendo dejar constancia de que habían

estado allí. Hubo quienes improvisaban canciones con guitarras viejas cargadas hasta la selva en mulas. Pero ni la música ni las risas lograban espantar el presentimiento: tarde o temprano, la guerra dejaría de ser rumores.

Un sargento mayor, curtido por años en la montaña, lo advirtió a su tropa una noche de guardia: *“Aquí no hay héroes. Aquí sobreviven los que saben escuchar la selva. Cuando llegue el momento, no piensen: disparen. Si dudan, no vuelven a ver a su familia”*.

Los jóvenes lo escuchaban en silencio. Algunos tragaban saliva, otros apretaban el crucifijo que colgaba de su cuello. Todos entendían que las palabras eran sentencia.

La cordillera del Cóndor era más que un territorio en disputa: era un monstruo que no se podía domar. Y en enero de 1981, ese monstruo se encendió con pólvora.



## **Enero de 1981: El rugido de las balas**

El combate no tenía forma ni orden. No era una batalla de manual, con líneas claras de avance y retirada. Era un caos absoluto. Hombres disparando a sombras, explosiones que abrían cráteres en el barro, gritos que se apagaban de golpe cuando una bala encontraba su destino.

Las emboscadas eran mortales. Patrullas que intentaban moverse entre la espesura eran sorprendidas por ráfagas que surgían de la nada. La selva era cómplice: ocultaba al enemigo detrás de cada tronco, cada arbusto, cada roca cubierta de musgo. Los soldados ecuatorianos respondían con fuego ciego, disparando hacia el sonido de los fusiles enemigos. El estruendo reventaba los oídos, el humo se metía en los pulmones y la lluvia terminaba de ahogar cualquier resto de aliento.

En uno de esos choques, un grupo de conscriptos ecuatorianos quedó atrapado en un barranco. El barro les llegaba a las rodillas,

y cada intento de avanzar los hacía hundirse más. Uno de ellos, desesperado, intentó trepar con el fusil en la mano, pero una ráfaga lo cortó en seco. Su cuerpo rodó cuesta abajo, manchando de rojo la tierra mojada. Sus compañeros apenas pudieron arrastrarse para cubrirlo con ramas antes de seguir disparando.

El combate cuerpo a cuerpo también llegó. Bayonetas caladas, machetes que cortaban no solo ramas, sino carne. La lucha se reducía a miradas de odio a centímetros de distancia, a puños ensangrentados, a hombres forcejeando en el barro hasta que uno dejaba de moverse. No había tiempo para pensar: solo sobrevivir.

Un sobreviviente contaría años más tarde: *“Yo tenía dieciocho años y nunca había peleado con nadie. Ese día, con la bayoneta en la mano, sentí que mataba a un hermano. Tenía miedo, tenía rabia, tenía todo junto. Cuando terminó, me quedé temblando. No por lo que me hicieron, sino por lo que yo hice”*.

La confusión era tan grande que, en medio del humo y la lluvia, hubo momentos en que los propios soldados dispararon contra los suyos. El caos no distinguía uniformes. Lo único seguro era el estruendo de las balas y el olor de la pólvora mezclado con sudor y barro.

Los heridos eran arrastrados como podían. Algunos, en camillas improvisadas hechas de ramas. Otros, cargados a la espalda. Muchos quedaron tirados en el camino porque avanzar era más importante que salvar. La orden era resistir a toda costa. La selva se llenó de cuerpos que nadie pudo recuperar.

El ruido de los morteros era lo más temido. Cuando uno caía cerca, el suelo entero se levantaba y los hombres salían volando como muñecos de trapo. Los gritos eran breves: a veces ni alcanzaban a salir. Después, quedaban trozos de uniforme colgados en las ramas, manchas oscuras en las rocas, fusiles retorcidos que nadie volvería a disparar.

Cuando finalmente cayó la tarde, el combate no terminó: se transformó en espera tensa. Los hombres, agotados, cubiertos de barro, sangre y miedo, mantenían el dedo en el gatillo, sabiendo que en cualquier momento otra ráfaga podía empezar todo de nuevo. Nadie se atrevía a cerrar los ojos. El sueño era un lujo que podía costar la vida.

Un conscripto escribió en un pedazo de papel arrugado esa misma noche:

*“El día entero fue un trueno. Ya no sé qué es mío y qué es del enemigo. El barro nos cubre, la lluvia nos lava, pero la sangre queda. No sé si mañana seguiré respirando. Si alguien encuentra esto, díganle a mi madre que no tuve miedo”.*

La frontera ya no era un fantasma. Era un cementerio abierto. Y Paquisha, un nombre perdido en los mapas, se convirtió en un símbolo escrito con fuego y sangre.



## Sangre en la montaña

La montaña olía a muerte. El aire, que antes traía humedad y hojas podridas, ahora estaba cargado de pólvora, carne quemada y sangre fresca. La cordillera del Cóndor se había convertido en un cementerio abierto.

Las emboscadas se multiplicaban. Patrullas enteras quedaban atrapadas en pasos estrechos, donde las balas venían desde arriba como lluvia de plomo. Los gritos de los heridos rebotaban contra las paredes verdes de la selva, y el barro se teñía de rojo bajo las botas. Los hombres corrían, se lanzaban cuerpo a tierra, disparaban hacia sombras que se movían entre los árboles. Nadie veía nada con claridad, pero todos sentían el filo de la muerte rozando la piel.

Un pelotón ecuatoriano quedó cercado en una quebrada. El capitán gritaba órdenes con la voz ronca, mientras las balas rompían ramas y hacían saltar astillas por todas partes. Resistieron como pudieron, disparando hasta el último cartucho.

Cuando la munición se acabó, los sobrevivientes usaron machetes y bayonetas. Uno de ellos, apenas un muchacho de dieciocho años, se lanzó contra un enemigo en un abrazo mortal: los dos cayeron juntos, retorciéndose en el barro, hasta que el silencio los cubrió.

Los cuerpos se acumulaban. Muchos quedaban tendidos bajo la lluvia, sin nombre, sin cruz. La selva no permitía ceremonias: los caídos eran enterrados a prisa, cubiertos con hojas y tierra, mientras los demás seguían combatiendo. A veces ni siquiera había tiempo para eso: simplemente se les dejaba allí, con los ojos abiertos al cielo cubierto de nubes, como testigos mudos de la guerra.

Un sargento sobreviviente recordaba con amargura:

*“El peor dolor no era ver morir a un hombre, sino tener que abandonarlo. Escuchar su voz pidiendo que no lo dejemos y tener que seguir caminando. La selva se lo tragaba, y nosotros cargábamos con esa culpa para siempre”.*

El miedo estaba en todos, pero nadie lo confesaba. En las noches, los soldados se apretaban contra el barro húmedo, temblando bajo sus ponchos empapados, mientras escuchaban los ruidos de la selva. Cualquier crujido podía ser el enemigo. Más de uno apretaba el crucifijo colgado en el cuello o murmuraba una oración entre dientes. Al amanecer, los que seguían vivos agradecían sin decir palabra; los que no, quedaban tendidos con el fusil aún abrazado.

La montaña no perdonaba. El barro se convertía en tumba, el río en fosa, la lluvia en sudario. La guerra en Paquisha no era una guerra limpia ni heroica: era una lucha a muerte, salvaje, donde los hombres se reducían a instinto puro. Resistir, disparar, matar, sobrevivir.

En medio de esa carnicería, un soldado ecuatoriano escribió en un pedazo de cartón que guardaba dentro de su uniforme:

*“Si muero aquí, que digan que no me rendí. Que sepan que peleamos hasta el final, aunque la montaña se cubrió de nuestra sangre”.*

La cordillera del Cóndor no entendía de diplomacia. Allí no había discursos ni comunicados, solo gritos ahogados en barro y pólvora. La montaña cobraba su tributo en sangre, y lo hacía sin piedad.

## Voces de la guerra

La guerra no solo se escribe con balas: se escribe con voces. Voces quebradas, voces ahogadas en llanto, voces que todavía tiemblan cuando recuerdan. En Paquisha, cada soldado fue una historia, y muchas de esas historias quedaron sepultadas bajo la selva.

Un conscripto de apenas dieciocho años, enviado desde Loja, relató muchos años después lo que sintió en su primera escaramuza:

*“No sé si fue el barro o el miedo, pero las piernas no me respondían. Disparaba sin apuntar, como todos. Vi caer a mi mejor amigo a dos pasos de mí. Quise ayudarlo, pero un sargento me gritó*

*que siguiera disparando. Lo miré mientras se abogaba en su propia sangre. Nunca le pedí perdón”.*

El silencio de los soldados no era cobardía, era trauma. Muchos regresaron mudos. Otros intentaron contarlo, pero nadie quiso escuchar. La sociedad prefería hablar de “defensa heroica” y no de muchachos que lloraban en la oscuridad pidiendo a sus madres.

Un teniente que no volvió dejó una carta que jamás llegó a destino. Fue hallada en su mochila después de su muerte. Decía:

*“Si lees esto, madre, es porque ya no estoy. No tengas rabia ni tristeza. Vine a cumplir con mi deber, aunque el corazón me grita que soy muy joven para morir. La selva es dura, pero pienso en ti cada noche. Si no regreso, abrázame en tus rezos”.*

Las madres fueron víctimas invisibles de esa guerra. Muchas nunca recibieron el cuerpo de sus hijos. Les entregaron banderas dobladas y palabras de consuelo, pero no huesos. Una de ellas, en Cuenca, repetía cada año la misma frase en misa: *“Diosito, devuélheme aunque sea la camisa que llevaba mi hijo”.*

Los soldados también escribieron canciones. Una estrofa, recogida de boca en boca en los cuarteles, decía:

*“Si me muero en Paquisha, no me  
lloren con tristeza, llévenme al  
monte con gloria,*

*que mi sangre sea bandera”.*

Pero detrás del canto había miedo. Miedo a no volver, miedo a morir solo en la selva, miedo a ser olvidado.

Un soldado sobreviviente lo confesó años después: *“Lo que más dolía no era la bala, era ver a los muertos mirándonos fijo, como pidiéndonos que no los dejemos atrás. Esa mirada me persigue hasta hoy”.*

En medio de tanto horror, también hubo gestos de humanidad. Un sargento compartió la última colilla de cigarrillo con su tropa, pasándola de boca en boca antes de entrar en combate. Un capitán, al ver a un soldado temblando, lo abrazó y le dijo: *“No eres menos hombre por tener miedo. Lo valiente es pelear igual”.*

Estas voces no figuran en los partes oficiales ni en los libros de historia. Son susurros recogidos en cartas, en diarios húmedos, en recuerdos que resisten al olvido. Son la otra cara de Paquisha: la que no se canta en desfiles, pero que late en la memoria de quienes estuvieron allí.

Porque la guerra no fue solo fuego y plomo. Fue llanto, cartas inacabadas, madres esperando, jóvenes que dejaron la vida en una montaña que nunca los devolvió.



## El Himno a Paquisha

La sangre de Paquisha no solo quedó en la montaña: también se convirtió en canto. La guerra que no fue declarada terminó siendo proclamada en marchas militares, en letras coreadas por generaciones de soldados, en un himno que intentaba darle voz al sacrificio de quienes cayeron en la selva.

En los cuarteles, apenas semanas después de los combates, los instructores hacían formar a los conscriptos y, con voz firme, les ordenaban entonar el *Himno a Paquisha*. Era un canto de orgullo y resistencia, un recordatorio de que la frontera se defendía con la vida.

Los soldados gritaban a coro:

*“Juan, Manuel, Pedro, Carlos, soldados; pueblo y pueblo a luchar con valor. La justicia retumba en los hombres, que defienden a nuestra Nación.”*

Cada nombre en esa estrofa parecía traer de vuelta a los que ya no estaban. Los muchachos cantaban con la garganta inflamada,

pensando en los amigos que habían dejado tendidos en la montaña.

El himno seguía, recordando que la patria no se construía solo con armas, sino también con fe y memoria:

*“Nuestra Patria es de brazos  
abiertos, integrada a luchar por la  
paz.*

*Soberana en su ayer, en su Tarqui, en su fe.*

*Porotillo, Platanillo, Jambelí.”*

Para quienes estuvieron en la cordillera del Cóndor, esas palabras eran más que versos. Eran heridas abiertas. Los sobrevivientes confesaron que al entonar el himno sentían orgullo, pero también un nudo en la garganta: orgullo por resistir, dolor por los que quedaron bajo el barro.

Un excombatiente lo explicó con crudeza: *“Nos hacían cantar fuerte, como símbolo de victoria, pero yo no podía evitar pensar en la cara de mi compañero muerto. Cantábamos por él, aunque nunca lo dijéramos”.*

En cada desfile militar, cuando sonaba la marcha de Paquisha, las familias de los caídos se ponían de pie. Algunas madres alzaban la mirada con orgullo; otras bajaban la cabeza, recordando que la patria honraba con canto lo que no supo devolver con justicia.

El *Himno a Paquisha* trascendió la batalla. Se volvió memoria viva, cicatriz cantada, símbolo de soberanía y resistencia. Pero detrás de cada estrofa seguía resonando el eco de la montaña: gritos

apagados, cuerpos enterrados a prisa, jóvenes que jamás regresaron.

## **La guerra no declarada en los escritorios**

Mientras en Paquisha la selva se tragaba cuerpos y gritos, en los escritorios de Quito y Lima la guerra tenía otro nombre. Allá no se hablaba de muertos ni de sangre: se hablaba de *“incidentes fronterizos”*, *“defensa de soberanía”* y *“ajustes en la línea limítrofe”*. Palabras frías que intentaban cubrir la realidad de la montaña convertida en tumba.

En Lima, el discurso oficial insistía en que el Perú defendía su territorio legítimo, respaldado por el Protocolo de Río de Janeiro. En Quito, se hablaba de resistencia heroica, de dignidad nacional y de una frontera que seguía abierta. Cada comunicado era un campo de batalla diplomático, mientras los soldados caían sin que sus nombres aparecieran en los periódicos.

La OEA envió misiones de observación. Aviones sobrevolaron la zona. Los diplomáticos intercambiaban notas formales con lenguaje pulido, como si el infierno verde pudiera entenderse en párrafos diplomáticos. En esas reuniones no había barro, no

había mosquitos, no había miedo: solo trajes limpios, cafés humeantes y banderas cuidadosamente planchadas sobre la mesa.

Un oficial ecuatoriano, entrevistado años después, resumió el contraste con amargura:

*“Nosotros estábamos enterrando a nuestros compañeros, y en Quito decían que no había guerra. Entonces, ¿qué era lo que teníamos frente a los ojos? ¿Un sueño?”*

La propaganda hacía lo suyo. En Ecuador, los noticieros mostraban imágenes de soldados sonrientes, levantando la bandera en puestos avanzados, como si la selva fuera un desfile. En Perú, se hablaba de “recuperación de posiciones ocupadas ilegalmente”. Ambos pueblos recibían verdades a medias, versiones maquilladas que no se parecían en nada al barro ensangrentado de la cordillera.

Los soldados sabían esa diferencia. Muchos regresaban al continente y veían con rabia los titulares: *“Incidente controlado en la frontera”*. Para ellos no había sido un incidente: habían cargado cadáveres, habían sentido cómo la vida se les escapaba de las manos a sus compañeros, habían dormido junto a cuerpos sin enterrar. La guerra que se negaba en los escritorios era la que ellos llevaban grabada en la piel.

En las cancillerías, la prioridad era evitar que el conflicto escalara a una guerra declarada. Ningún gobierno quería admitirlo, porque eso significaba asumir la magnitud de la tragedia. Era más

fácil llamarlo “choque”, “disputa” o “incidente”. Pero los muertos no entienden de diplomacia.

La montaña ardía, mientras los salones de negociación seguían fríos. El contraste era brutal:

En la cordillera, hombres disparaban hasta quedarse sin municiones.

En los escritorios, hombres escribían comunicados sobre “diálogo” y “cordialidad”.

La guerra no declarada era doblemente cruel: porque mataba en silencio y porque negaba a sus muertos.

Un diplomático ecuatoriano confesó en privado, años después:

*“Lo que más me pesó fue tener que sonreír en una mesa de negociación mientras sabía que, en ese mismo instante, en Paquisha, alguien estaba enterrando a su compañero en una fosa de barro”.*

La guerra no declarada fue la más hipócrita de todas. No aparecía en los titulares como tal, pero se sentía en los cuarteles, en las familias que esperaban noticias y en la selva que acumulaba tumbas anónimas.

## **El precio de la soberanía**

La soberanía no se mide en discursos ni en tratados. Se mide en vidas. En Paquisha, ese precio fue demasiado alto. La montaña quedó sembrada de cuerpos jóvenes, de cartas nunca entregadas, de promesas rotas que jamás regresaron a casa.

Muchos soldados murieron sin nombre. Fueron enterrados de prisa en la selva, bajo la lluvia, con una cruz improvisada hecha de ramas. El barro se convirtió en tumba anónima. Las familias recibieron una bandera doblada, un comunicado seco y palabras que no llenaban el vacío.

En Cuenca, una madre esperaba cada tarde en la puerta de su casa. Su hijo nunca volvió. No tuvo cuerpo para velar, ni tumba donde llorar. Solo un sobre con la noticia y la promesa de que había muerto “por la patria”. Cada año, en el aniversario de su nacimiento, ella prendía una vela en la ventana y murmuraba: *“Regresa, aunque sea en mis sueños”*.

Las viudas cargaron otro peso. Mujeres jóvenes que quedaron solas, con hijos pequeños en brazos, escuchando que debían estar orgullosas porque sus maridos habían muerto defendiendo la soberanía. Pero el orgullo no daba de comer, ni curaba la soledad de la cama vacía.

Los veteranos que sobrevivieron tampoco encontraron justicia. Muchos volvieron con cuerpos marcados por metralla, pulmones enfermos por la humedad y mentes rotas por los recuerdos. Algunos pasaron años soñando con gritos en la selva, despertando empapados de sudor. Otros callaron para siempre, tragando el dolor en silencio, porque nadie quería escuchar.

Un excombatiente lo dijo con crudeza: *“Nos llamaron héroes, pero después nos olvidaron. La selva nos marcó para siempre, y la patria nos dio la espalda”*.

El precio de la soberanía también fue silencio. El país prefirió hablar de victoria y no de cicatrices. Se levantaron discursos, se escribieron himnos, se hicieron desfiles. Pero en los barrios humildes, las familias lloraban en privado. Nadie hablaba del trauma, nadie reconocía el duelo.

En los cuarteles, las fotos de los caídos quedaron colgadas en las paredes. Pero fuera de allí, la memoria se desdibujaba. La sociedad los convirtió en símbolos, sin detenerse a pensar que detrás de cada nombre había un muchacho que reía, que soñaba, que quería regresar a casa.

La soberanía, conquistada con sangre, dejó cicatrices que todavía duelen. Paquisha fue una defensa, sí, pero también fue una herida que nunca cerró del todo.

Porque la guerra no termina cuando callan las balas: termina cuando los muertos descansan en paz y los vivos encuentran justicia. Y en Ecuador, muchos de esos soldados siguen esperando ambas cosas.

### **Lecciones de sangre**

La selva del Cóndor fue maestra cruel. Allí se aprendió que la soberanía no se regala, se defiende. Que la patria no se sostiene con discursos en escritorios, sino con la sangre de los que caen en silencio.

Paquisha fue breve en el calendario, pero eterna en la memoria. En pocas semanas, un puesto perdido en la montaña se convirtió en símbolo de resistencia, de orgullo, pero también de dolor.

Porque junto a la victoria militar quedó una cuenta pendiente con los caídos, con los heridos, con los olvidados.

Las lecciones de Paquisha no están en los comunicados diplomáticos ni en las marchas militares. Están en los ojos de un conscripto que todavía tiembla al recordar, en la voz quebrada de una madre que reza por un hijo sin tumba, en las cicatrices que la sociedad no quiso mirar.

La primera lección es que la guerra siempre cobra más de lo que promete. Se hablaba de defender la frontera, de resistir al invasor, de no claudicar. Y sí, se resistió. Pero el costo fue demasiado alto: jóvenes que nunca volvieron, familias rotas, sobrevivientes olvidados.

La segunda lección es que la memoria es frágil. Con el tiempo, Paquisha se transformó en himno, en desfile, en fecha cívica. Se habló de “defensa heroica”, pero se calló el hambre, la fiebre, el miedo. El país prefirió un relato glorioso antes que una verdad sangrienta. Y sin embargo, es en esa verdad donde está el verdadero valor de los hombres que combatieron.

La tercera lección es que la paz no puede sostenerse en silencio. Después de Paquisha vinieron nuevos acuerdos, nuevas promesas de amistad entre pueblos hermanos. Pero las cicatrices quedaron abiertas. La selva seguía marcando el límite, recordando que la línea en el mapa se había escrito con sangre.

Un excombatiente lo dijo sin rodeos: *“Si algo aprendí en Paquisha es que el enemigo no siempre está al frente. A veces el enemigo es el olvido”*.

Hoy, décadas después, la selva sigue allí, húmeda, inmensa, indiferente. Ya no suenan fusiles, pero el eco de los gritos sigue escondido entre los árboles. Y la lección más grande es esa: que la guerra no debe repetirse.

La soberanía se defiende, sí, pero también se honra recordando el sacrificio. Porque un país que olvida a sus muertos está condenado a repetir su dolor.

Paquisha fue sangre, fue barro, fue grito. Pero sobre todo, fue memoria. Una memoria que no debe apagarse nunca.

# Epílogo

## El silencio de la selva

La cordillera del Cóndor guarda secretos que no aparecen en los mapas. Entre sus montañas húmedas aún duermen los ecos de los fusiles, los gritos de los heridos, las oraciones murmuradas al filo de la muerte.

Hoy la selva parece tranquila. Los ríos siguen corriendo con la misma fuerza, las aves vuelven a cantar, las raíces cubren trincheras olvidadas. Pero debajo de esa calma verde late una memoria que no se borra: la sangre mezclada con la lluvia, los cuerpos enterrados en barro, los nombres que quedaron flotando en el aire.

Paquisha fue breve, pero quedó tatuada en el alma del Ecuador. Fue un golpe seco que despertó al país de la comodidad y lo enfrentó con la realidad de su soberanía. Allí murieron muchachos que apenas aprendían a vivir, oficiales que entregaron su vida en silencio, familias que nunca volvieron a ser las mismas.

Y sin embargo, Paquisha también mostró lo mejor de un pueblo: la decisión de no rendirse, la terquedad de resistir aunque todo parezca perdido, la certeza de que la tierra vale más que la vida misma.

El país construyó himnos, marchas y discursos alrededor de esa batalla. Y aunque eso ayudó a mantener viva la memoria, también corrió el riesgo de cubrir con gloria lo que en verdad fue dolor y sangre. Porque Paquisha no fue un desfile: fue una herida abierta.

La verdadera victoria está en recordar a los hombres tal como fueron: asustados, empapados, hambrientos, pero firmes. No héroes de bronce, sino soldados de carne y hueso. La historia de Paquisha no debe contarse solo como un triunfo militar, sino como un recordatorio del costo humano de la guerra.

Hoy, al recorrer esas montañas, el silencio parece absoluto. Pero quien se detiene a escuchar con el corazón puede oír algo más: pasos en el barro, voces apagadas, un himno cantado con lágrimas. La selva calla, pero nunca olvida.

Paquisha es memoria, es cicatriz y es advertencia. La lección que deja no es solo de resistencia, sino de paz.

Porque ninguna frontera vale más que la vida de un hijo, y ningún tratado debe volver a escribirse con sangre.

Que este libro sirva como ofrenda a los que quedaron en la montaña, a los que regresaron rotos y a los que aún esperan justicia. Que la selva, con su silencio eterno, nos recuerde siempre que la soberanía se defiende con valor, pero la paz se construye con memoria.

***“VIVA EL ECUADOR***

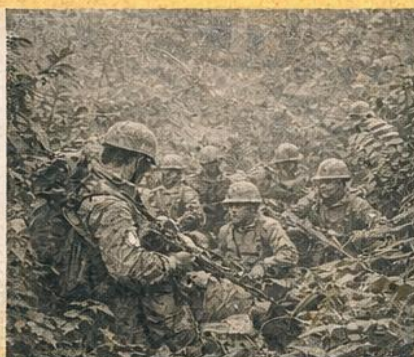
***VIVA LA PATRIA***

***VIVA EL ECUADOR”***

En 1981, los conflictos entre Ecuador y Perú alcanzaron un punto cúlpe en la región en disputa de Paquisha, en la selva amazónica. Esta guerra no declarada, breve pero intensa, reveló la fragilidad de las relaciones diplomáticas entre ambos países y trajo a la luz las tensiones latentes por la soberanía del área en litigio.

Este libro realiza un detallado relato de los eventos, batallas y estrategias militares que definieron este conflicto, contextualizando décadas de disputas territoriales entre ambas naciones.

Un testimonio clave para entender la compleja historia de los desencuentros fronterizos, la valentía de los combatientes y las consecuencias diplomáticas que surgieron de este enfrentamiento en la frontera ecuator-peruana.



Con testimonios de primera mano y documentación inédita, el autor recorstruye los momentos clave del enfrentamiento, ofreciendo una vision crítica y detallada del conflicto que fue crucial en la definición de las relaciones bilaterales entre Ecuador y Perú.

PRECIO SUGERIDO: USD 14.99



7 871234 567891

ISBN 978-3-7910-1111-1

 Kernel X Press

© 2024 Todos los derechos reservados.